



Los desastres, un testimonio social

Thomas Calvo y Paulina Machuca

Autores: Thomas Calvo, Conahcyt/ El Colegio de Michoacán (México), calvoth@colmich.edu.mx, <https://orcid.org/0000-0002-3925-9891>

Paulina Machuca, Conahcyt/El Colegio de Michoacán (México), pmachuca@colmich.edu.mx, <https://orcid.org/0000-0002-5258-1973>

Cita bibliográfica: Calvo, Thomas y Machuca, Paulina, «Los desastres, un testimonio social», *Revista de Historia Moderna*, n.º 42 (2024), pp. 3-10, <https://doi.org/10.14198/rhm.27630>

El coloquio que dio origen a este número monográfico, celebrado en Alicante los días 5 y 6 de octubre de 2023, fue un fascinante oxímoron. Pasábamos del azul celeste y de la serenidad del cielo alicantino, y del cálido recibimiento de los colegas de dicha universidad (Armando Alberola, Cayetano Mas y Adrián García), a los sillones muelles de su auditorio. Allí nos hemos estremecido y apasionado, oyendo hablar de aterradores desastres, desde sequías a inundaciones, vulcanismo y terremotos.

Todo ello «a ambos lados del Atlántico», y bajo los auspicios de una estampa que sirvió para ilustrar el cartel del evento: una «Carta del Tribunal de Canarias al Consejo de la Suprema por el que se remite informe en el que se da cuenta de la erupción del volcán de la isla de La Palma acaecido desde el 13 de noviembre de 1677, así como de los daños causados en casas y tierras de labor»¹. Se nos dice que ha «vomitado malpaís [lava]» sin parar: parece que estuvo en actividad hasta el 21 de enero del año siguiente y había alcanzado el mar, como lo demuestra la imagen. Había quemado 7 casas y 41 fanegas de tierras², y 60 de ellas «llenadas de arena [cenizas]». Todavía en enero había incertidumbre: si continuaba la erupción y el viento cambiaba, se temía «que queden tupias más de 300 fanegas de tierra, las que tupirá la dicha arena». Las consecuencias fueron tremendas, no se pensaba sembrar ese año «por los recelos»; la gente pensaba en «embarcarse y desamparar la isla».

De entrada, esta estampa se nos había puesto en el corazón del coloquio, en el cual se investigaban las fuerzas de la naturaleza, en sus manifestaciones extremas, y las

1. Archivo Histórico Nacional, *Inquisición*, 2376. La información nos ha sido proporcionada por Adrián García Torres.

2. En Canarias, una fanega de tierra correspondía a una superficie de media hectárea, aproximadamente. En Castilla es un poco más elevada: 0,6 ha.

consecuencias humanas –sociales– que se añadían. Frente a la magnitud del desastre, no era posible cualquier resiliencia, a posteriori. Y nosotros éramos a la vez analistas y observadores, como lo que pasó, precisamente, en las mismas circunstancias y lugares en 2021 tras la erupción en La Palma. Ello nos proporciona una reflexión: ¿las lecciones de 1677 no se tuvieron en cuenta en 2021? Y aquí el historiador está en primera fila. La catástrofe de 2021 duró 85 días, en 1677 fueron 69. El tiempo es de poca diferencia: son dos estragos extremos. ¿Pero cuál fue el más dañino? En 1677 solo se quemaron 7 casas y dos centenares de hectáreas se perdieron. En 2021, por lo menos se afectaron 500 hectáreas de platanares, aunque se ganaron más de 34 sobre el mar, y las propiedades quemadas se cuentan en centenares. La respuesta parece clara: 2021 fue más terrible. Pero entonces nos olvidamos de los contextos. En 1677 no existía ni turismo ni agricultura de exportación: es decir que se confirma el adagio según el cual un «desastre natural» es, principalmente, una catástrofe humana, es decir, inscrita en su tiempo histórico³.

Podemos sacar otras enseñanzas, desde el título de dicho coloquio, producto del XVI Seminario internacional Historia y Clima: «*Desastre climático y natural a ambos lados del Atlántico en los siglos XVI-XIX. Estrategias de prevención y defensa y construcción de saberes y discursos*». Por un lado, hay un doble apego a la larga duración: a) académica, ya son por lo menos 16 años de reflexión; y b) braudeliana, pues se trata de cinco siglos, y sobre inmensidades espaciales que afecionaba el maestro. Es por lo demás plenamente internacional, ya que participaron investigadores procedentes de Europa y América (España, Italia, México). Por otro lado, ese largo y preciso título deja poco espacio al desvío, a la improvisación. Y los ponentes lo entendieron perfectamente, concentrando sus intervenciones alrededor del desastre, las políticas y los saberes que los acompañan.

De ello resultó un gran equilibrio, con siete ponencias dedicadas a la tectónica, cuya influencia hasta sobre la meteorología, para atarlo todo, vamos descubriendo con el caso del Huaynaputina (sur de Perú, 1600). Otras cinco se relacionan con el clima y sus excesos, girando alrededor del agua. Más una que abrió el coloquio, una reflexión entre clima, imaginación, poesía y literatura, ya que trató de Goethe y, entre otras cosas, de su interés por las formas de las nubes (Jorge Olcina Cantos).

En todo esto no olvidamos la geografía, disciplina tan esencial: el siglo central, en los textos y la temática, fue el XVIII, tiempos de la Ilustración y, por lo tanto, punto acabado del determinismo geográfico, pero también con una lenta evolución que nos llevará a su contrario, el posibilismo geográfico de Vidal de La Blache (1845-1918) hacia principios del siglo XX. Podemos concebir este coloquio como una gran interrogación: ¿en qué medida estas sequías, inundaciones, terremotos y volcanes no son un escándalo para quienes, como Leibniz y el Pangloss de Voltaire, pretenden vivir en el mejor de los mundos?

Uno de los mayores (y últimos) adeptos de esa filosofía que proclama una armonía entre la naturaleza y el ser humano es Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), gran

3. Los datos de 2021 proceden de diversas publicaciones.

viajero, botanista y escritor. Para él, la Providencia aún tiene cabida: «he dicho bastante para demostrar que lo que parece ser en la naturaleza la obra de la ruina y del azar, es a menudo la de la inteligencia la más profunda. [...] Ninguna piedra rueda sobre las orillas del mar sin el permiso de Dios». Con un saber muy limitado y perogrulladas, pone de manifiesto un utilitarismo sin reticencia, optimista. Así, en cuanto a la misión de los volcanes: «no vienen del interior de la tierra; pero deben su nacimiento y las materias que los ligan a las aguas». Y explica que los detritos que invaden el mar sirven a la combustión, y limpian el planeta: es el nacimiento del utilitarismo, aun naíf. Su única percepción novadora concierne los «desórdenes vegetales, que proceden de la acción humana: es en los lugares a donde hemos puesto las manos que se ve a menudo un verdadero desorden»⁴.

Aunque Humboldt (1769-1859) sea igualmente optimista, ya que plantea «la acción común y armónica de las fuerzas que animan el mundo», es un auténtico hombre de ciencia. En su *Tableaux de la Nature*, escribía: «los efectos volcánicos no se deben a causas insignificantes, y cercanas a la superficie de la tierra, pero a esos grandes fenómenos que tienen su origen en las profundidades de nuestro planeta». Su reflexión desemboca sobre una gran preocupación, que también es la nuestra:

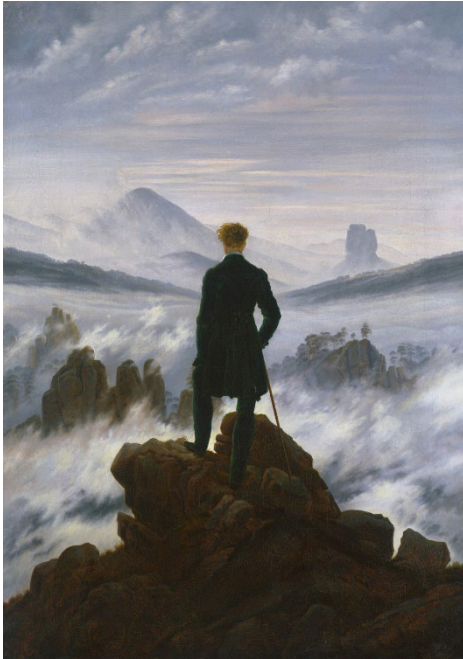
«hay que alcanzar el regreso periódico de los fenómenos que cambian el aspecto de la naturaleza, o conocer las leyes que mueven esas variaciones progresivas [...]. Si se hubiese, únicamente, determinado, cada mil años, la temperatura media de la atmósfera y de la tierra en sus diferentes latitudes, o la altura del barómetro a la superficie del océano, sabríamos en qué proporción los climas se han calentado o enfriado.»⁵

Estas palabras, escritas en 1808, nos ofrecen una magnífica justificación de nuestra misión como historiadores, y una apertura al coloquio.

Desde nuestros sillones muelles del auditorio, entremos en el coloquio, con decisión, pero también intentando tomarlo un poco por sorpresa, a partir de temas paralelos a los que recomendó Armando Alberola: prevención, defensa, saberes y discursos, y que surgieron a lo largo de él. La primera en insistir en la importancia del contexto para los estudios históricos, y más aún en circunstancias de desastres, fue Virginia García Acosta, comentando la ponencia de Dolores Ramírez Vega, bien informada, sobre las sequías en San Luis Potosí (México). Es cierto que esta situación está más presente en esa región que su contrario, las inundaciones, y probablemente tiene repercusiones más efectivas. Pero ya Edoardo Grendi nos propuso reflexionar sobre lo «excepcional normal». Y en ese contexto de San Luis Potosí, lo excepcional es la inundación, lo normal es la sequía. Por lo tanto, ¿hay mayores instrumentos (presas, galerías filtrantes, acueductos) y capacidad de resiliencia para luchar contra esas sequías? Lo cierto, y es lo que principalmente nos preocupa aquí, en el pensamiento de la gente, las riadas en San Luis Potosí quedan más marcadas en el espíritu de la población: para esa región, hemos visto exvotos pictográficos relacionados con la inundación, ninguno con sequías. Es cierto también que la inundación es más sorprendente, más espectacular, más

4. Bernardin de Saint-Pierre, *Études de la Nature*, París, Imprimerie de Crapelet, 1804, t. I: 250, 331 y 344.

5. Hemos usado la edición francesa póstuma, pero la más completa: Alejandro de Humboldt, *Tableaux de la Nature*, París, L. Guérin, 1866: 5, 609 y 612.



https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Caspar_David_Friedrich_-_Wanderer_above_the_sea_of_fog.jpg

«estética». Todo cuenta en la memoria de la gente.

Contexto y drama ligados a la naturaleza pueden caminar juntos. Así nos lo puede sugerir la intervención de Yasmina Ben Yessef Garfia sobre la erupción del Huaynaputina (Perú) en 1600. Y con la ventana que abre la autora sobre «la construcción y la transmisión del relato», esencialmente a partir de los informes de los religiosos, nos acercamos al caso anterior, por encima de sus diferencias: ¿mitificación de las catástrofes? Pero también contexto. Y tenemos un parteaguas esencial: la extirpación de idolatrías que empieza poco después (1609), más al norte (Huarochiri). ¿Hay algo de contaminación entre esos dos eventos, en apariencia tan diferentes? Confesamos que ligar idolatría y volcanismo no nos desagrada⁶.

La erupción de 1600 pudo hacer resurgir viejos recuerdos ligados a las

religiones del pasado. ¿Por qué no fomentar una nueva estética, con el desastre sirviendo de contexto, como en el caso del Tambora (1815)?⁷ ¿El clima lúgubre que se manifestó por 1815-1818 no dio más fuerza al Romanticismo incipiente? Si consideramos el Romanticismo como un «*dolorismo* sublime», se entiende su complicidad con la naturaleza desencadenada y las ruinas, y por lo tanto con los cataclismos dichos naturales. Y precisamente, siguiendo a Armando Alberola Romá y Adrián García Torres, en los preámbulos de esa era hay una sarta de graves accidentados y muchas ruinas. Como el de Calabria y Messina en 1783, donde Alberola nos dice, siguiendo sus dos guías, entre ellos un exjesuita, que se originó una «revolución de la naturaleza».

Algo que se pudiera aparentar con la extraordinaria pintura de Caspar David Friedrich, *Caminante sobre un mar de nubes* (1818). Además, ese texto *Stato felice ed infelice de la Calabria e Messina*, ¿tiene algo que ver con la supresión de la Compañía

6. Pierre Duviols, *La lucha contra las religiones autóctonas en el Perú colonial. «La extirpación de la idolatría» entre 1532 y 1660*, Lima, Biblioteca Nacional del Perú e Instituto Francés de Estudios Andinos, [1977] 2021.

7. Cuyas cenizas envolvieron a nuestro planeta varios años e influyeron, tanto en la poesía de Byron o en el Frankenstein de Mary Shelley, como en artistas como William Turner, Caspar David Friedrich. Véase Gillen d'Arcy Wood, *Tambora. The Eruption that Changed the World*, Princeton, Princeton University Press, 2014.

de Jesús en 1773, y la felicidad de la época anterior? Aquí encontramos otra conducta romántica: la agitación de la naturaleza y del contexto nos remite a nuestro estado de ánimo. Trasladarnos de Sicilia a la audiencia de Quito de la segunda mitad del siglo XVIII, con García Torres, nos deja frente a la misma desolación y acumulación de ruinas, en particular en 1797. Tiene el mérito de hacer inventario de todas las publicaciones que trataron de ese tema. Y plantea la pregunta que ya hemos encontrado: ¿en qué medida esa agitación natural no se añadió a la sociopolítica? Aquí hay dos nombres emblemáticos: Túpac Amaru II (1738-1781) y Viscardo y Guzmán (1748-1798, otro exjesuita).

Lima y El Callao (1746), Quito (1755), Antigua (Guatemala, 1776), nos invitan, con la ponencia de María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda, a ampliar los horizontes, entrar en el comparatismo: y añadiremos Lisboa (1755). La autora se interesa por la toma de decisión administrativa después de dichos eventos naturales. Y plantearemos entonces una pregunta: ¿por qué Guatemala se desplaza radicalmente, y no las otras ciudades? ¿Es que la historia natural de Guatemala fue más dramática, con devastaciones y dos traslados anteriores (1527, 1541)?

Lo presentado por Luis Arrijoa Díaz-Viruell invita a una reflexión vecina. Se trata de una gran crisis (sequía y plaga de langostas) en América Central en los años 1848-1855, lo que nos remite poderosamente a la última crisis agrícola de Europa de 1846-1848, que desembocó en «la primavera de los pueblos» de 1848 y su posterior represión. ¿Podemos crear puentes? Toda comparación ofrece puntos de similitud y de diferenciación. Aquí podríamos discutir cuál predomina. Probablemente el segundo: al clima y las malas cosechas hay que añadir, en Europa, la presencia de la Revolución Industrial que modifica los impactos. Crisis tradicional en América Central, «crisis mixta» en Europa.

Sigamos la misma vertiente, extendiendo otra vez la propuesta, pero en sentido contrario, de Europa (Crevillent, Alicante, abordado por Cayetano Mas Galván) a América (nuestra Guadalajara), a propósito de la extensión del sistema de *qanat*, que procede de Asia, se extiende en la Península, llega a México (lo que conoce bien el autor⁸). Las similitudes técnicas son evidentes, aunque nos interesan las diferencias: en tiempos, en Crevillent remonta al «tiempo de los moros», de donde sale su apelación, y se importa a Guadalajara por 1731; en suelos, en «la perla tapatía» estamos en tierras volcánicas, sumamente permeables, en el pueblo alicantino se nota la presencia de arcilla, impermeable. En España conserva su nombre original, en América parece perderse. Pero, sobre todo, en Crevillent son usadas para el riego, en Guadalajara para el agua potable de la ciudad. Tal vez esto explique que, en el caso agrícola, dejen de servir en la década de 1960, y en el caso urbano siguen en actividad y son aún vitales.

Por supuesto, la comparación no solo es geográfica, y en algunos casos nos hemos topado más bien con sincronías, que constituyen la gran fuerza del coloquio,

8. Alicia Torres Rodríguez, «Infraestructura hidráulica en Guadalajara para el abastecimiento de agua potable: el caso de sustentabilidad en las galerías filtrantes de Guadalajara», *Relaciones*, 136 (2013): 317-357.

abriendo matices, un *camaiieu* de colores, por ejemplo, las de Petit-Breuilh y García Torres, ya comentadas con anterioridad, u otras. Nos detenemos en varias ponencias. La primera (José Miguel Delgado Barrado) es sobre los ingenieros militares y el temblor de Messina de 1783, también visto por Alberola, pero desde otra perspectiva: prueba que aun la virulencia de los desastres no agota la perspectiva; falta saber si su historiografía está al nivel de su impacto. La segunda, de Alessandro Tuccillo, es sobre otro terremoto, el de Foggia en 1731: calamidad no suficientemente tomada en cuenta por la historiografía. Son dos eventos en situaciones cercanas geográfica y temporalmente, pero también políticamente: estamos bajo la bota austríaca, en tiempos ilustrados, y esto explica la acción de los militares, entonces encargados de la cartografía y, por lo tanto, de la gestión del espacio. Aquí podríamos ampliar el horizonte, alcanzar Nueva España y solicitar el testimonio de Humboldt, quien debe su célebre mapa de 1803 a dichos ingenieros militares. Ilustración, pero también providencialismo, que no podría faltar, si recordamos a Bernardin de Saint-Pierre hacia 1804, y si nos referimos a la intervención de Domenico Cecere sobre los saberes acerca de los desastres en Nápoles, a través de fuentes variadas: ¿en qué medida estamos avanzando hacia el gran relojero de Voltaire? El autor aborda la existencia de una opinión pública desde el XVII, como lo menciona al final de su presentación. La noción nos parece muy justa; permite, y es otro mérito del coloquio, abrirse a los conceptos, pero como siempre, son aspectos que van más allá de una simple ponencia⁹. Vale en general tomar en cuenta la información iconográfica: merece ser rescatada en estas circunstancias agobiantes. Y en ninguna parte más que en Nápoles; recordemos, en otro ámbito, todo lo referente a la peste de 1656-1657, y el fascinante exvoto de Mattia Preti.

Somos historiadores y, como los geógrafos, estamos en la encrucijada de varias disciplinas, la ciencia, la filosofía y la literatura. Por lo tanto, no podían faltar, a lo largo del coloquio, reflexión y propuestas alrededor del vocabulario, los conceptos y, por qué no, la retórica. Ya Alberola lo había apuntalado desde el inicio. En el caso de Virginia García Acosta, más allá de su ponencia sobre un documento de fines del XVIII (*Cosecha de frutos en Indias*) y las perspectivas que ofrece sobre la prevención de las inundaciones, su contribución abrió un diálogo-discusión con varios historiadores, y en sus intervenciones resaltaremos dos puntos. Ella sigue persiguiendo huracanes y, por lo tanto, el término la llevó a tomar en cuenta la «*caribización*» del Imperio. Nuestra experiencia de las Filipinas nos recuerda que muy tempranamente, a principios del XVII, la palabra «huracán» está presente en ese universo. Y no nos debe de extrañar: los marineros experimentados (pilotos en particular) que navegaban en el galeón de China han pasado, primero, por el Caribe. Y no olvidamos que la primera palabra «americana» que llega a España es «canoa», siguen «maíz», «cacique», todo ello ofrecido por los taínos a nuestro mundo. La especialista de los desastres también solicitó un debate alrededor del vocabulario que a lo largo del tiempo define y describe esos fenómenos desastrosos. Propuesta que se debe de prolongar, tal vez con

9. Sobre dicho tema, que toca al de la información; véase Arndt Brendocke, *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid, Marcial Pons, 2016.

un léxico abierto (o banco de datos) con tiempos, espacios, contextos y perspectivas internacionales.

Con David Bernabé y la relación que establece entre desastre, quejas de los municipios y Corona en el XVIII, en la región de Valencia, se pone de relieve a la vez la retórica, pero también permite acceder a ciertos conceptos. Retórica por la cual se legitima el requerimiento a la autoridad por medio de la catástrofe, sea epidémica o de otra naturaleza. Conocemos bien un caso, en Colima de la Nueva España, después del devastador huracán de 1626: se logró una merced para la producción de vino de cocos, hasta entonces prohibido. Esto nos lleva al concepto de resiliencia y sus derivados, como resistencia, violencia a través de las formas que revisten, su nivel de retórica o de violencia. El autor utilizó, en un momento, el término de «desencadenante» que puede remplazar, con ventaja, los de causa o efecto, siempre múltiples, ambiguos, manipulados, imprecisos. Para nosotros, el «eslabonamiento», el «encadenamiento» o «concatenación» son centrales en el proceso histórico. Hasta llegar al muy frecuente, hoy en día, de «conexión».

Y terminamos por donde empezó el coloquio, con Johann Wolfgang Goethe (1749-1832) y su *Tratado de meteorología* de 1825 (Jorge Olcina Cantos). Como Saint-Pierre, como Humboldt, cree en una armonía entre la naturaleza y el ser humano. Y como otros individuos de su tiempo se revela un gran divulgador, en particular de las nubes, lo que no podía ser menos para el autor de *Fausto*, donde abundan las referencias a ellas. Como los ilustrados, Goethe es un empírico, y tuvo mil ocasiones de comprobar que el clima es determinante. Estuvo presente en la gran batalla de Valmy (20 de septiembre de 1792), ganada por las tropas francesas revolucionarias sobre la coalición de los reyes. Lluvia y niebla estuvieron presentes, ayudaron a los franceses, contra la artillería prusiana, paralizada por el fango: «llovía como en los tiempos de Noé», así la describió, a partir de testimonios, Thomas Carlyle (1795-1881). Y el testigo Goethe, esa noche, dio su sentimiento: «aquí, y en el día de hoy, comienza una nueva época de la Historia universal, y podréis siempre decir que estuvisteis presentes». ¿Tuvo tiempo de observar las nubes de Valmy? Y ya que estamos en eso de polemología y clima, que nos permitan añadir otro caso ejemplar. El de la batalla de «las Espuelas de Oro» o de Courtrai (11 de julio de 1302), donde en un suelo pantanoso por la lluvia, la flor y nata de la nobleza francesa fue masacrada por los infantes de las milicias burguesas, que cosecharon sus espuelas. También se alcanzan aquí niveles de interpretación superiores: fue indudablemente el fin del bello siglo XIII, fue tal vez el signo anunciador de la Pequeña Edad de Hielo.

Quien tenga la paciencia de leer esta crónica entenderá que el coloquio fue un momento particularmente grato, sin el agobio de las grandes misas en las que se convierten algunos. Fue muy centrado y abierto a la vez: con un poco de imaginación, vimos surgir, en medio de relámpagos, terremotos y volcanes rugientes, paisajes y sociedades que tomaban en tales circunstancias otros matices: ¿era lo mismo de cada lado del océano? ¿Era la misma Naturaleza? ¿El Imperio se imponía aún en esos momentos de crisis? Tal vez otro coloquio alcanzará estas preguntas.

Y cada uno regresó a sus lares, más allá del mar salobre, pero enriquecido de saberes y experiencias, con la imaginación afilada. Algo como el viajero de Joachim du Bellay (c. 1522-1560):

*Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
Ou comme cestuy-là qui conquit la toison,
Et puis est retourné, plein d'usage et raison,
Vivre entre ses parents le reste de son âge!*¹⁰

10. ¡Feliz quien como Ulises ha hecho un largo viaje,
o bien como aquel otro que conquistó el toisón,
y a casa tornó luego, lleno de experiencia y razón,
a vivir con los suyos el resto de sus años!

(Nos hemos apoyado en parte sobre la traducción de Carlos Clementson, *Lamentos y añoranzas. Les Regrets, Joachim du Bellay*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1991.